



Mohamed El Morabet
El invierno de los jilgueros



MOHAMED EL MORABET

El invierno de los jilgueros

Galaxia Gutenberg



Ayuntamiento de Málaga

Área de Cultura

Esta novela fue galardonada con el XV Premio Málaga de Novela, concedido el 13 de diciembre de 2021 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján, Alberto Olmos, Ana Cabello y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2022

© Mohamed El Morabet, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 5586-2022
ISBN: 978-84-19075-38-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Todo lo dejamos atrás
y nada olvidaremos nunca,
porque no somos asesinos.
Nada nos quedará, pero esa nada
tendrá la imprecisión de lo que avanza y vive,
su medida azarosa,
y será suficiente para llenar esa otra nada
que abarca el breve espacio de una vida.

FRANCISCA AGUIRRE,
Los trescientos escalones

Pasos

Un pie detrás de otro.

A las tres y veintidós minutos de la madrugada abro la puerta de casa. El aire húmedo sacude mis recuerdos. Compruebo que llevo las llaves, cierro. Miro a los dos lados de la calle. Está desierta, igual que ayer. Anteayer me pareció ver la sombra de un gato. A lo mejor era una rata gigante. Escucho cómo el viento remece el cableado que teje el barrio. La farola de la esquina sigue en pie. Levanto la cabeza, la luna vigila sin descanso. Las estrellas la escoltan. La noche quiere jugar, calla sus desconfianzas. Aspiro una bocanada de lo que será el día. Avanzo el primer paso, empiezo a contar. Lo aprendí de niño. Jamás se me olvidó. Sé con exactitud en qué número acabaré. Es la cuenta de todos los días.

La calle a esta hora respira las ausencias. Dicen que la gente es feliz cuando duerme. Así imaginé a Musa durante ocho años. Noche tras noche, antes de salir, me asomaba desde el quicio de la puerta de su habitación. En penumbra, su respiración me transmitía la fuerza necesaria para dejarlo solo. Dicen que de noche se percibe el latido de la ciudad. Si esto fuera cierto, ahora mismo Alhucemas latiría al ritmo de mis pasos. Cruzo la calle, alcanzo la acera de enfrente y doy el paso nú-

mero cincuenta y siete. Del uno al diecinueve solo he recorrido tres casas idénticas a la mía. Casas bajas, con azoteas de ladrillo, antenas en dirección al norte y fachadas encaladas. En la tercera casa hay un bidón de agua de cinco litros con un vaso de plástico azul puesto encima, bocabajo. Mi vecina Mimuna lo pone aquí, a la derecha del peldaño de su puerta, desde que tengo memoria. Me detengo. Me sirvo un poco, sorbo despacio. Siento cómo se ensanchan los pulmones. La noche extiende sus tentáculos alrededor de mi cuerpo. Luego vació el bidón hasta la mitad. Recoloco el vaso en su sitio. El agua limpia el camino. Riego semillas de esperanza en el asfalto.

A partir del paso diecinueve, subiendo la cuesta, atravieso el estanco, la mercería Papillon y varias casas. Solo dos tienen más de dos plantas. El resto son construcciones chatas anteriores a los sesenta, antes de que la ciudad exportara su descendencia. La mayoría dispone de patio. Los días soleados de invierno la gente cuelga las mantas en las azoteas, sacudiéndoles el polvo con el palo de madera de la escoba. El frío apenas dura dos meses y medio. Cuando sopla viento de levante, los huesos tiritan, las paredes tiemblan. Las mantas marrones tienen motivos florales y geométricos, arabescos y dibujos de tigres de Bengala. Nadie en Alhucemas ha visto un tigre de verdad. Cruzo la calle en ocho pasos. Me doy de bruces con las bombonas de butano de color naranja de la tienda de Jamal. Están aseguradas con una cadena metálica atada con doble candado. Jamal abre a las nueve de la mañana. A estas horas también es feliz. En la puerta enrollable de la tienda, cuento el paso cincuenta y siete. Miro hacia atrás, la cuesta abajo me re-

conforta. La vista desciende libre en la oscuridad. Esta noche no ha caído la niebla. Se intuye el rumor de la primavera. A lo lejos se vislumbra el pico del puerto. Comparto horario con los pescadores. Estarán a punto de cargar las redes y soltar amarras para salir a faenar. En cinco o seis horas, las gaviotas sobrevolarán la rutina con sus graznidos y Alhucemas olerá a pescado fresco. El mar aguarda. Ojalá les vaya bien.

Doblo la esquina. Me invade el olor a lavanda silvestre que puebla los tres montes que cercan la ciudad. La brisa del Mediterráneo es sedosa. Quizá viene a morir a esta tierra solo para embriagar de suavidad la madrugada. Su aroma cambia en función de la estación del año, de la dirección del aire. Ahora me da de frente mientras retomo la cuenta. Ningún obstáculo en la acera. Las baldosas ajedrezadas de blanco y rojo son la alfombra de casas humildes enfiladas a lo largo de la manzana. Todas las puertas están cerradas; las ventanas también. Esta calle, a diferencia de la mía, transpira los restos de febrero. Una farola ilumina mi pensamiento. Han barrido las aceras, no hay bolsas de basura. Los gatos o las ratas pasarán hambre. No hay comercios ni tiendas. Recorro la calle por completo en cuarenta y nueve pasos. Cada paso ocupa dos baldosas. Sigo el rastro de las escobas de los barrenderos. La ciudad está impregnada de vacío. Me muevo en línea recta como un peón que sabe dónde pisa y cuál es su misión. La última casilla me espera. En el paso ciento seis me giro, cruzo de nuevo la calle. Cambiar de acera esta vez me consume siete pasos. Casi llego a mi destino. Solo falta un pequeño tramo.

Estoy en el callejón. Ya veo la puerta que atravesaré. Es gris, de hierro forjado y con el pomo de madera bar-

nizada. Es la última frontera de este callejón sin salida de setenta y ocho pasos. En la acera izquierda hay cuatro casas bajas, una de tres plantas y un solar abandonado. En la derecha destaca la placa desdibujada del despacho del escribano público. Nunca he estado dentro. Antes, la gente acudía con frecuencia. El escribano les contestaba cartas para familiares en el extranjero, les gestionaba envíos de dinero y otros papeleos. Ya estoy, aquí termino. Ciento noventa y uno. Ayer fueron ciento noventa y tres pasos. La cuenta varía según se comporte la belleza de la noche. Busco mi sombra, no la encuentro. Da igual, no estará lejos, ya aparecerá. Son las tres y veintinueve minutos. Es mi hora. Llego puntual.

Abro la puerta despacio y, aun así, las bisagras chirrían. La empujo con el pie derecho. Siento que el calor seco me dilata los poros. La sangre poco a poco reanima mi interior. Enciendo la luz, me despido de la soledad inocente de las calles. Atranco la puerta, vuelve a chirriar. El exterior aún duerme feliz. Esa felicidad me interpela. Me ayuda a despegarme de las sábanas desde hace unos cuantos años. El espacio huele a madera quemada, a pan de ayer, a nuevo día. Me quito el reloj, froto la huella de la correa en la muñeca. Guardo las llaves y el reloj en el bolsillo de la chaqueta, la empercho y la cuelgo en la taquilla. Me cambio de calzado, me subo los calcetines. Sacudo bien el delantal, me lo ato. En la parte trasera, cojo la pala, cargo la leña. Enrollo un periódico viejo, lo prendo, enciendo el fuego. Espero, lo atizo. Oigo las primeras chispas. La humedad se dispersa. El corazón del horno bombea calor. Me enjuo la primera gota de sudor que se desliza por la sien.

Listo para la batalla, para la otra cuenta. Es miércoles. Para los durmientes, sigue siendo martes. Me pongo manos a la obra. Aunque, antes, debo romper este silencio inhumano, deshacerme del peso de la arena del desierto y elegir la música que fermentará la masa de hoy. Ayer amasé en compañía de Satie y horneé con Debussy. Ojeo casetes, este no, este tampoco, este para más tarde y ya está. Hoy empiezo con la *Sinfonía n.º 2 en do menor* de Mahler.

Resurrección.

Baluceos

Nadie recuerda sus primeros balbuceos.

—¿Qué fue lo primero que dije, mamá?

—Tú desayuna, que llegas tarde.

No añadió nada más. Se sentó enfrente, en el otro taburete de la cocina. Llevaba puesta una rebeca de lana *beige* encima de un vestido burdeos. La lana encubría su delgadez. Me sirvió una taza de leche recién hervida y dos tostadas untadas de mantequilla. Nunca desayunábamos juntos. Lo cierto era que pocas veces la vi desayunar. Yo entraba al colegio a las ocho. No sabía a qué hora solía despertarse ella. Esa mañana tenía los ojos hinchados, las ojeras más marcadas que de costumbre.

En el cuadro colgado encima del cabecero de su cama no se la veía tan delgada. Era la única fotografía en color que había en casa. Junto a mi padre, cogidos de la mano; se podía distinguir, detrás, un tiovivo. Más tarde me enteré de que era la luna de miel. Mis padres fueron una semana a Tetuán. Coincidieron con la feria de verano. No sé si se montó en el tiovivo. Quiero imaginar que sí, que era la razón de la sonrisa que esbozaban sus labios. Todavía conservaba la silueta de su figura esbelta, la rectitud de la espalda, aunque las arrugas habían poblado su frente y el cuello. Las mejillas a veces

adquirían un tono morado. Ya no resistían el fresco de las primeras horas del día. Siempre que abandonaba la casa, a las ocho, advertía en su rostro esa palidez. Sin embargo, cuando regresaba, al mediodía, había desaparecido. Sus pómulos eran el termómetro del avance del día. Recuperaban su matiz natural a medida que el sol se erguía recto sobre Alhucemas. Lo único que se mantenía igual que en la fotografía era la viveza de su mekena. El cabello de mi madre, siempre suelto, nunca estaba desgreñado. Olía a jabón de Marsella, la fragancia de los abrazos que me despedía por las mañanas.

—Lávate los dientes cuando acabes.

Debe de haber un momento en la vida de toda persona que se considere un punto culminante. Una cima desde la que apreciar los cambios del paisaje. La altura ofrece una distancia despiadada para observar con sosiego el pasado. Una vez alcanzada esa cúspide, solo se descende. El futuro aguarda a ras de suelo. Y la caída arrastra dolor y decrepitud.

¿Cuándo empezó mamá a perder peso?

Los hijos conocemos poco la biografía de nuestros padres. En casa no había un álbum de fotos. Habría disfrutado la sensación de sentarme en el salón junto a mi madre y pasar las páginas del álbum familiar. Ella me habría revelado cada anécdota, cada salto en el tiempo, cada encuentro. Habría sido una manera ideal de enterarme de cómo fue su infancia, dónde conoció a mi padre y qué hicieron en Tetuán, aparte de visitar la feria. Pero mamá no decía mucho. Se quedó callada. Esperé a que terminara las tostadas.

Cuando salí del baño, había recogido la cocina. Tenía las botas de agua en la mano.

—Póntelas. Hoy lloverá.

Me ayudó a calzarme. Me ajustó el jersey verde que me había tejido el verano anterior. Pero antes me obligó a beber un vaso de agua. Mi madre sostenía que, después de una taza de leche caliente, no se podía salir afuera sin más. Primero había que beber agua del tiempo para regular la temperatura corporal y así protegerse contra el frío y una posible pulmonía. No sé hasta qué punto era verdad. El frío entra por los pies y por la boca, decía. Por esa razón, a mi hermano y a mí nos enseñó desde pequeños a cambiarnos de calcetines todos los días. Y a no salir nunca a la calle sin beber agua después de una comida caliente. Esa norma era inapelable. Daba igual esbozar muecas de disgusto, rechistar o dar pataletas imaginarias en el aire. El vaso de agua era un talismán materno, el albor de la prevención.

Me acompañó a la puerta. Justo cuando me iba a dar un beso, se fijó en el mechón rebelde de la coronilla.

—Ay, hijo, este mechón es raro que no se despierte antes que tú. No te muevas.

Se dirigió al cuarto de baño. Regresó con el peine. Ensalivó la punta de los dedos índice y corazón de la mano derecha y lo domó. Luego me peinó con tanta fuerza que sentí las púas del peine arrancarme el cuero cabelludo. Con picor en el cráneo, apenas conseguí ponerme bien el abrigo. Mamá enseguida me abrochó los botones con delicadeza.

—¿Y qué fue lo primero que dije?

—Cuando vuelva tu hermano del desierto le preguntas. Él lo sabe.

Y me besó.

Aquella mañana me atreví a decir en voz alta que mi padre estaba muerto. Fue en el recreo de las diez. Las puertas de las aulas daban a un patio rectangular inmenso con una fuente circular en el centro. Los niños nos distribuíamos el espacio según estrictas reglas heredadas. La diferencia de edad delimitaba el mapa de simpatías y rencillas. Los de quinto curso se agrupaban en torno al quejigo, a la izquierda de la puerta principal. Era el sitio de los mayores. Ahí, gracias a la sombra que proporcionaba el árbol, se resguardaban de las miradas vigilantes de los maestros. Los de cuarto se agolpaban bajo el soportal del pasillo que conducía a los baños. Ir al baño a menudo implicaba soportar alguna burla, cuando no un tortazo o un empujón. Nosotros, los de tercero, nos repartíamos por el patio en grupos desiguales. Los de primer y segundo curso correteaban por todos lados. Jugaban al fútbol con una botella de plástico de litro y medio aplastada y enrollada con hilo de esparto.

Éramos cinco. Estábamos apoyados contra la pared derecha del edificio principal, al lado de una pequeña tuya recién plantada.

—Murió un mes después de mi segundo cumpleaños. No lo recuerdo.

—¿Quién? ¿De quién hablas?

No pude identificar quién preguntó. Tampoco respondí. Jamal me miró, cariacontecido. Quizá el bullicio había amortiguado el impacto de la noticia. Sentí alivio, aunque lo ensombreció una extrañeza muda. ¿Fue por tomar conciencia de que mi padre estaba muerto o porque había podido decirlo en voz alta? Tampoco sabría interpretar ahora si realmente fue eso lo que sentí. Los otros tres compañeros no abrieron la boca. Jamal vivía casi al final de nuestra calle.

—Pero Musa lo cuida mucho. —Dirigió la mirada a los tres—. Su hermano es muy inteligente. Siempre están juntos.

Quise corregirlo. Me costaba hablar. Cuando me armé de valor, sonó el timbre. Corrimos en dirección al aula de Matemáticas. El grupo se disolvió entre susurros.

Ya no estamos juntos, debería haber dicho. Pasé la siguiente hora esperando a que lloviera. El cielo clareaba. La voz serena del maestro dibujaba en el aire cifras y números. En la pizarra, escribía cálculos sencillos que me sabía de memoria. Entretanto, daba pasos insonoros entre los pupitres, las manos cruzadas detrás de la espalda. De vez en cuando preguntaba sumas y restas. Al cabo de un cuarto de hora, en mitad de una resta, justo cuando un alumno levantaba el dedo para contestar, un ruido nos interrumpió. Fue un eco medio humano y medio animal.

El maestro cogió el borrador de fieltro y limpió las operaciones. Solo salvó la fecha: lunes, 3 de noviembre de 1975. Dejó la tiza sobre la pequeña repisa de la pizarra. Se adelantó unos pasos.

–Ni un movimiento –conminó, con gesto estricto.

La expectación nos hacía ignorar los números. Anduvo lento, con su imperceptible cojera, hasta la ventana que daba a la calle. Se ajustó el nudo de la corbata. Asomó la cabeza. Se dio la vuelta y señaló al alumno con el dedo en alto para que respondiera.

–Está bien. Muy bien. Ciento cincuenta y cuatro menos setenta y uno.

Nada estaba bien. Con la pizarra limpia, todo era imaginación. El suspense de lo que estaba sucediendo más allá de la ventana despertaba más interés que mil sumas y restas. El frío y el silencio que siguieron al ruido disparaban nuestra curiosidad.

–¿Qué era eso, maestro? –preguntó al fin Jamal.

La cara inexpresiva del maestro delataba su desgana. Cogió de nuevo la media barrita de tiza. Nos dio la espalda. Escribió la resta: $154 - 71 =$. Estampó con impotencia la punta de la tiza para colocar un punto blanco en la oscura superficie.

–¿Qué era eso, maestro? –repitió otro alumno.

Se giró y nos miró como si esperara que cayeran gotas de lluvia de un momento a otro. Las nubes filtraban incipientes rayos de sol. El día comenzaba a resplandecer.

–Nada.

–Ochenta y tres –gritó un alumno desde la última fila.

Nunca antes el resultado de una resta había sido tan inoportuno.

–¿Qué era, maestro? –Se oyó de nuevo.

–Correcto.

La imaginación se fundió con las matemáticas. El ruido anónimo transformó la ventana en una pantalla

de horizontes. Un rayo de sol iluminó el punto perdido de la pizarra.

–No es nada. Solo un pobre perro que vomita –concluyó, restándole importancia a lo que habían visto sus ojos.

Los mismos ojos melancólicos que suplicaron retomar las sumas y restas de las vidas de Alhucemas.